

ALFAGUARA



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Y
ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

VIVE LA AVENTURA
DE *CIENT AÑOS DE SOLEDAD*
EN EL TEXTO REVISADO
POR GABRIEL
GARCÍA MÁRQUEZ



REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA. ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA. ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA. ACADEMIA SALVADOREÑA DE LA LENGUA. ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA. ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA. ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA. ACADEMIA GUATEMALTECA DE LA LENGUA. ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA. ACADEMIA FILIPINA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. ACADEMIA PANAMEÑA DE LA LENGUA. ACADEMIA CUBANA DE LA LENGUA. ACADEMIA PARAGUAYA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA. ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA. ACADEMIA NICARAGÜENSE DE LA LENGUA. ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS. ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS DEL URUGUAY. ACADEMIA HONDUREÑA DE LA LENGUA. ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA.



PRESENTACIÓN

La extraordinaria acogida dispensada a la edición popular del *Quijote* con la que la Real Academia Española y la Asociación de Academias hemos conmemorado, en el IV Centenario, la publicación de la primera parte, nos ha animado a abrir una línea de ediciones conmemorativas ocasionales de los grandes clásicos hispánicos de todos los tiempos.

Al diseñar el programa del IV Congreso Internacional de la Lengua Española propuso la Academia Colombiana, decana de las Academias de Hispanoamérica, homenajear a Gabriel García Márquez, quien pocos días antes del Congreso cumplirá ochenta años.

Nada mejor, pensamos entonces, que preparar una cuidada edición popular de *Cien años de soledad*, novela que a lo largo de cuarenta años (1967-2007) millones de lectores en más de cuarenta lenguas han ido consagrando como obra literaria universal. Sin duda, porque, firmemente arraigada su acción en un rincón de América, en ella palpitan experiencias universales de humanidad: Macondo es un lugar que contiene todos los lugares.




Al igual que hicimos en la reciente edición académica del *Quijote*, nuestro interés prioritario se centra —no podría ser de otro modo— en el texto de la novela. Hemos examinado algunos fragmentos publicados con anterioridad a la primera edición. Su cotejo con esta nos ha permitido ver con claridad el trabajo primoroso



que García Márquez realiza hasta el último momento para dar con el término preciso, el mimo con que cuida la gramática, y su esfuerzo por lograr la expresión más rica en sugerencias.

Un estudio comparativo detallado de cada caso nos ha permitido presentar nuestra propuesta razonada al propio autor, que decidió revisar las pruebas de imprenta completas, enriqueciendo así esta edición con su trabajo de depuración y fijación del texto. En la sección «Nota al texto» podrá apreciar el lector lo que sobre la escrupulosa meticulosidad de García Márquez acabamos de decir. Para facilitar la lectura y ayudar a la más rica comprensión de la escritura hemos preparado, en colaboración con la Academia Colombiana de la Lengua, un «Glosario» léxico extenso, que aclara el significado de los términos en su lugar preciso y ofrece noticia sobre personajes, acontecimientos y lugares. Con idéntico propósito se ofrece un cuadro de la «Genealogía de los Buendía», que, en su momento, pensó el autor incluir como subsidio.

Extracto de la presentación de la RAE y de la Asociación de Academias de la Lengua

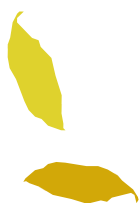




LO QUE SÉ DE GABRIEL

Conocí a Gabriel García Márquez hace 42 años, una noche de tormenta, en el barrio de Bocagrande, en Cartagena. Me lo presentó Gonzalo Mallarino, su compañero de facultad de Derecho en la Universidad Nacional, y ya su admirador irrestricto. Las palmeras casi tocaban el suelo por las fuerzas del viento y los cocos verdes se estrellaban en el pavimento con su ruido sordo, ya faulkneriano.

Dos cosas me sorprendieron en él, entonces apenas autor de «La noche de los alcaravanes», cuento que me había parecido magistral y lleno de inagotables promesas —¿por qué será que las promesas siempre son inagotables?—, y las dos siguen siendo rasgos definitorios de su carácter: una devoción sin límites por las letras, desorbitada, febril, insistente, insomne entrega a las secretas maravillas de la palabra escrita (solo don Quijote en su discurso sobre «las armas y las letras» había demostrado parecido fervor) y una madurez varonil, un sentido común infalible que en nada concordaban con sus 20 años a los que había entrado ya con su ceño de bucanero y su corazón a flor de piel. Esta ha sido otra constante en la vida de Gabriel: una indulgencia inteligente para todos sus semejantes





y un sentido de vigilante servicio en la amistad. No conozco amigo igual, pero tampoco conozco otro que la cultive con más amoroso rigor, con tan sereno equilibrio. He pensado a menudo que Gabriel nació ya maduro, viejo no, nunca lo ha sido ni creo que lo será ya; tiene un aura de intemporalidad que lo asimila a sus personajes.

Me cuesta mucho trabajo decir algo sensato sobre su obra literaria. He leído todos sus originales antes de que fueran publicados. Sigo pensando que su obra más acabada y perfecta es *El coronel no tiene quien le escriba*; la que se considera su obra prima, *Cien años de soledad*, no puedo leerla sin cierto sordo pánico. Toca vetas muy profundas de nuestro inconsciente colectivo americano. Hay en ella una sustancia mítica, una carga adivinatoria tan honda, que pierdo siempre la necesaria serenidad para juzgarla.

Sigo creyendo que es un libro sobre el cual no se ha dicho aún toda la deslumbrada materia que esconde. Cada generación lo recibirá como una llamada del destino y del tiempo y sus mudanzas poco podrán contra él.

Extracto del texto de Álvaro Mutis






PARA DARLE NOMBRE A AMÉRICA

Conocí a Gabriel García Márquez allá por el 1962, en la ciudad de México y en la calle de Córdoba 48, una casa llamada «La Mansión de Drácula» por su evidente aspecto transilvánico y sede de la compañía productora de cine de Manuel Barbachano Ponce.

Digo con esto que al llegar a México a principios de los sesenta, Gabriel García Márquez fue recibido —en «La Mansión de Drácula»— por un equipo que incluía a los republicanos españoles Federico Américo, productor de la vieja *CIFESA*, Carlos Velo, que en España realizó un memorable documental sobre El Escorial, y Jaime Muñoz de Baena, un seductor señorito madrileño de agudo ingenio y modas británicas. A ellos se unía muy señaladamente Álvaro Mutis, el escritor colombiano, que fue quien me presentó, en Córdoba 48, al recién llegado Gabriel García Márquez, al cual yo ya conocía, desde luego, como el joven escritor de *La hojarasca*, un libro de apariencia rústica y entraña nobilísima, pues de él, me parece, surge el universo creador de García Márquez. Yo había editado en los años cincuenta una *Revista Mexicana de Literatura* que se correspondía, en Bogotá, con la mítica revista *Mito*, dirigida por Jorge Gaitán Durán. Entre Mutis y Gaitán,





me fue dado ir publicando los cuentos de García Márquez, cada uno más maravilloso que el anterior, porque cada uno contenía al anterior y anunciaba al siguiente.

Todo ello me impulsaba, con un movimiento del corazón, a conocer al autor que nombró esos cuentos, al artífice que los soñó: aquí estaba, en Córdoba 48, tal y como años más tarde lo describiría, en sus memorias, el presidente François Mitterrand, como «un hombre parecido a su obra: sólido, sonriente, silencioso..., dueño de un desierto de silencio como solo las selvas tropicales pueden crear». «Desde que leí *Cien años de soledad* —añade Mitterrand— la obra me ha embrujado». Seguramente un hombre tan perspicaz como este francés esencial, que por serlo jamás dijo una tontería, leyó en *Cien años* lo que muchos más vimos desde las páginas sin árbol de *La hojarasca*: García Márquez era un nuevo descubridor, un bautizador del nuevo mundo, hermano de Núñez de Balboa y Fernández de Oviedo, de Gil González y Pedro Mártir, en la tarea interminable de darle nombre a América.


Extracto del texto de Carlos Fuentes





CIEN AÑOS DE SOLEDAD. REALIDAD TOTAL, NOVELA TOTAL

El proceso de edificación de la realidad ficticia, emprendido por García Márquez en el relato «Isabel viendo llover en Macondo» y en *La hojarasca*, alcanza con *Cien años de soledad* su culminación: esta novela integra en una síntesis superior a las ficciones anteriores, construye un mundo de una riqueza extraordinaria, agota este mundo y se agota con él. Difícilmente podría hacer una ficción posterior con *Cien años de soledad* lo que esta novela hace con los cuentos y novelas precedentes: reducirlos a la condición de anuncios, de partes de una totalidad. *Cien años de soledad* es esa totalidad que absorbe retroactivamente los estadios anteriores de la realidad ficticia, y, añadiéndoles nuevos materiales, edifica una realidad con un principio y un fin en el espacio y en el tiempo: ¿cómo podría ser modificado o repetido el mundo que esta ficción destruye después de completar? *Cien años de soledad* es una novela total, en la línea de esas creaciones demencialmente ambiciosas que compiten con la realidad real de igual a igual, enfrentándole una imagen de una vitalidad, vastedad y complejidad cualitativamente equivalentes. Esta totalidad se manifiesta ante todo en la naturaleza plural de la novela, que es, simultáneamente, cosas que se creían antinómicas: tradicional y moderna, localista y universal, imaginaria y realista. Otra expresión de esa totalidad es su accesibilidad ilimitada, su facultad





de estar al alcance, con premios distintos pero abundantes para cada cual, del lector inteligente y del imbécil, del refinado que paladea la prosa, contempla la arquitectura y descifra los símbolos de una ficción y del impaciente que solo atiende a la anécdota cruda. El genio literario de nuestro tiempo suele ser hermético, minoritario y agobiante. *Cien años de soledad* es uno de los raros casos de obra literaria mayor contemporánea que todos pueden entender y gozar.

Pero *Cien años de soledad* es una novela total sobre todo porque pone en práctica el utópico designio de todo suplantador de Dios: describir una realidad total, enfrenar a la realidad real una imagen que es su expresión y negación. Esta noción de totalidad, tan escurridiza y compleja, pero tan inseparable de la vocación del novelista, no solo define la grandeza de *Cien años de soledad*: da también su clave. Se trata de una novela total por su materia, en la medida en que describe un mundo cerrado, desde su nacimiento hasta su muerte y en todos los órdenes que lo componen —el individual y el colectivo, el legendario y el histórico, el cotidiano y el mítico—, y por su forma, ya que la escritura y la estructura tienen, como la materia que cuaja en ellas, una naturaleza exclusiva, irrepetible y autosuficiente.

Extracto del texto de Mario Vargas Llosa



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, EN BUSCA DE LA VERDAD POÉTICA




«**L**a vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla». Esto declara Gabriel García Márquez en el prólogo de su autobiografía y, a la luz del aviso, resulta bien significativo que comience *Vivir para contarla* evocando el viaje que hizo con su madre a Aracataca para vender la casa en la que había nacido y vivido una infancia paradisíaca hasta la muerte de su abuelo, el coronel don Nicolás Márquez. Era en 1950 y, con sus veintitrés años, olvidada la carrera universitaria de Derecho y ayudándose de colaboraciones periodísticas, estaba decidido, por encima de todo, a ser escritor.

De ello habló varias veces con su madre en aquel viaje de retorno al maravilloso mundo idealizado de sus raíces. Al llegar, el choque con la realidad fue terrible. Se encontró con un pueblo polvoriento y caluroso que parecía un pueblo fantasma: no había un alma en las calles y los días avanzaban con el sufrimiento creciente de ver cómo había pasado el tiempo por aquel entrañable lugar. Así, hasta que su madre entró en una pequeña botica en la que una señora estaba cosiendo, y, acercándose a ella, le dijo: «¿Cómo está, comadre? Ella levantó la vista y se abrazaron y lloraron durante media hora. No se dijeron una sola palabra, sino que lloraron durante media hora». Él las miraba, dice, «estremecido por la certidumbre de que aquel largo abrazo de lágrimas calladas era algo irreparable que estaba ocurriendo para siempre en mi propia vida».

García Márquez ha repetido muchas veces que en ese momento le surgió la idea de contar por escrito «todo





el pasado de aquel episodio». En realidad, desde hacía más de un año andaba ya enfrascado en una novela larga —sus amigos la llamaban «el mamotreto»— que se titulaba, precisamente, *La casa*, y que estaba tejida con recuerdos de la infancia. Allí estaba ya el mundo de Macondo. Pero el encuentro con la realidad de Aracataca le hizo sentir como falso lo que, al hilo de los recuerdos, iba escribiendo sobre una pauta realista, y le abrió los ojos a una realidad nueva. «El pasado de aquel episodio» del llanto sin palabras era otra cosa distinta y García Márquez comprendió que él mismo «no creía lo que estaba contando [...], no disponía de los elementos técnicos y del lenguaje para que aquello fuera creíble, para que fuera verosímil. Entonces —añade— lo fui dejando y trabajé cuatro libros mientras tanto».

Cuando tras quince años de trabajo se halla al borde del desencanto, una nueva iluminación le hace intuirlo. Fue, como es bien sabido, un día de enero de 1965, yendo en automóvil de Ciudad de México a Acapulco: el escritor vio de pronto enteros el mundo y la historia atisbados en Aracataca, lo que estaba detrás del largo llanto sin palabras de su madre y la esposa del boticario. No solo lo vio como en una película. Tenía claras la estructura de la narración y el modo de contar, sentía el tono y disponía del lenguaje. A partir de ahí la escritura fluyó, laboriosa pero fácil, en *Cien años de soledad*.

Extracto del texto de Víctor García de la Concha





ALGUNAS LITERARIEDADES DE *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*



¿Recuerdas, lector, aquellos momentos de tu vida en que mientras te dedicabas a la lectura sentiste de repente la conmoción, quiero decir, el placer sobrecogedor de la literatura pura?

Al leer *Cien años de soledad* se vive de tal suerte, con el mismo asombro que sintieron los habitantes de Macondo al contemplar una llovizna de flores amarillas, la seducción y el hechizo invencible que suscita la literatura misma. Huelga decir que hay muchos otros ángulos, numerosísimos puntos de vista, desde los que conviene apreciar y comentar la riqueza excepcional de esta narración de narraciones. Una oceánica bibliografía lo demuestra.

Los estudiosos de las formas narrativas observan que el arte de novelar encierra tres estratos fundamentales. Tenemos, antes que nada, el relato, o sea lo que se nos cuenta palpablemente, el enunciado del texto en el orden y disposición en que lo leemos y con los límites que se marca. Esta elaboración supone una historia, compuesta por la sucesión en orden cronológico de unos acontecimientos que el relato puede narrar y también no narrar. Es significativa, en tercer lugar, la narración, o acto de contar, con la intervención, perceptible o no, del narrador.

En *Cien años* el predominio del relato es total e indiscutible. El interés virtual de aquello que no se comunica no tiene apenas entidad cuando se compara con la extraordinaria riqueza de todo cuanto aparece a lo largo y a lo ancho de la narración, con la infinidad de seres, incidentes,



cosas, decoraciones, personajes y personajillos que el narrador nos proporciona a manos llenas. Son sesenta y nueve los personajes (según el recuento de Gustav Siebenmann) y seis las generaciones que se suceden desde el principio hasta el final de la novela. El detallismo ilimitado de las descripciones, que fija nuestra atención en el relato, logra ser casi siempre significativo. No hay una historia previa que haga posible la emergencia del relato, sino todo lo contrario. No hay más cera que la que arde y deslumbra. No se cultiva el arte de la omisión. La fundación de Macondo origina lo que se narra luego, es decir, la invención del relato mismo y la paulatina introducción de la extraordinaria prolijidad de lo real.

El narrador omnisciente no esconde sus cartas, lo sabe todo y lo dice casi todo, pero sin conseguir ni buscar ninguna entidad propia. Es la fuente del lenguaje y el origen de la incansable mirada que hacen posible la presentación de los sucesos y las descripciones, pero, nótese bien, con singular recato. Narrar, en la historia de la novela, ha consistido en seleccionar, acallar, distanciar o comentar. La importancia del acto de narrar quería decir que los hechos nos llegaban, a nosotros los lectores, mediatizados o cribados. No así en *Cien años*. Los hechos y las palabras surgen simultánea y paralelamente. Alguna vez el narrador, pese a su reserva, se permite ofrecernos una gota de mundología. Pero normalmente su principal aportación es la mirada, y su propósito, el ejercicio de la narración y al propio tiempo el de la metáfora.

Extracto del texto de Claudio Guillén






HISTORIA DE UN GRAN LANZAMIENTO LITERARIO

Esta edición de *Cien años de soledad* está promovida por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, y ha sido publicada y distribuida en todo el mundo de habla hispana por el Grupo Santillana bajo su sello Alfaguara. Con el precedente de la edición de IV Centenario del *Quijote*, este libro se suma a un interesante proyecto de edición de grandes obras de la literatura en español que proyecta la RAE como una línea de **ediciones conmemorativas ocasionales y de circulación limitada** de los grandes clásicos de todos los tiempos.

En *Cien años de soledad* aparece ante nuestros ojos todo un mundo. Para preparar el acercamiento a él, abren nuestra edición una breve semblanza de **García Márquez** escrita por **Álvaro Mutis** y una introducción de **Carlos Fuentes**. El magistral análisis que **Mario Vargas Llosa** hizo de la narrativa de **García Márquez** sigue siendo la más alta referencia y de él se ofrece una parte central. Dos estudios, de **Víctor García de la Concha** y de **Claudio Guillén**, tratan de mostrar caminos concretos de acceso al texto de la novela.



Tras ella, cuatro académicos hispanoamericanos —**Pedro Luis Barcia** (Argentina), **Juan Gustavo Cobo Borda** (Colombia), **Gonzalo Celorio** (México) y **Sergio Ramírez** (Nicaragua)— glosan distintos aspectos de la personalidad literaria de **García Márquez** y de lo que *Cien años de soledad* significó en la trayectoria de la novela hispánica y en su amplia difusión en el ámbito cultural.



9,75 €

